

hecho. Hacia diez y seis años, por 1539, que Felipe de Hesse estaba casado con Cristina de Sajonia. Este matrimonio no habia sido feliz, como suele suceder á casi todos los matrimonios contraidos por razones de Estado y no por afectos del alma. Felipe, pues, buscaba fuera de su hogar doméstico y de su lecho nupcial esparcimientos que le llenaran la vida y le poblaran la soledad del alma. Su religion le obligaba, por sus preceptos, á leer diariamente la Biblia; y en una de estas lecturas, encontró palabras terribles de San Pablo contra los que tenian su género de vida y pecaban por donde él pecaba. La emocion producida por tales sentencias tomó en su alma tan grandes proporciones que llegó á sumirle por completo en una especie de embargo de todas sus facultades y decaimiento de todas sus fuerzas. En estas, enamoróse perdidamente de la jóven Margarita de Saal, dama de honor de su propia hermana Isabel. La jóven cortesana, muy experta en achaques de amor, resistióse á los obsequios del soberano á quien habia por completo rendido. Tal resistencia desconcertó á Felipe en términos que ni comia, ni dormia, ni hablaba; cual si el alma se le hubiera escapado de su sér é ídosele á vivir y á habitar con otra alma. Su mujer se dolia públicamente de la vida que su marido le daba, y toda Alemania comenzaba ya con las referencias de estos graves disgustos á dolerse y á escandalizarse. Pero un dia, el Landgrave abrió su Biblia, y se encontró con el capítulo en que se habla de las mujeres de Lamech. Semejante plural apareció á sus ojos como una revelacion. Era necesario, pues, procurarle el medio de pluralizar tambien como pluralizaban los patriarcas bíblicos. Despues de todo, querer él á Margarita al par que á Cristina; y encontrarse en tal estado de ánimo al abrir la Biblia, con que todo un Lamech tenia dos mujeres, francamente, cosa era aquella para pensada con gravedad y sometida de contado al supremo juicio de un consistorio protestante. Nada tan fácil como encontrarlo á quien, representando un papel importante en la revolucion religiosa, tenia en torno suyo á granel doctores de la nueva Iglesia. Pero no estaba satisfecho su corazon, ni tranquila su conciencia, ni seguro de sí mismo, ni bien con su dignidad y con su historia, si le faltaba la aprobacion mas codiciada, la mas querida, la mas necesaria, la del monje de Witemberg, la de Lutero.

Uno de estos tornadizos, que cambian de religion á cada paso, y que ponen sus apostasías á servicio de todos los poderosos, redactó grave memoria

en demostracion de la necesidad, en que estaba el Protestantismo de cubrir con su tolerancia los vicios y los defectos del primero entre sus defensores. A su vez el Landgrave confesaba los excesos de su complexion, empleando cínica lisura, propia de los cuarteles y tabernas. En primer lugar, decia, que mientras á su mujer estuviese unido, le era completamente imposible abstenerse de otras mujeres. En segundo lugar acusaba con desvergüenza sin ejemplo, de borracha é incapaz de dejar las borracheras, á la pobre Cristina. En tercer lugar declaraba que, teniendo necesidad de combatir y estando en pecado mortal, temia mucho, y muy de veras, que le cogiese la muerte en situacion semejante, y le mandase una bala cualquiera derechamente á los profundos infiernos. En seguida sostenia: «que ni Dios en el Antiguo Testamento, ni Cristo en el Nuevo, ni los profetas ni los apóstoles prohibieron jamás á ningun hombre el tener dos mujeres, ni San Pablo cerró jamás á los bigamos las puertas de los cielos.»

En verdad, el asunto era para los reformadores de una extrema importancia. Las cuestiones matrimoniales tenian en el Protestantismo y en su desarrollo mayor influjo del que pudiera creerse á primera vista. Por un matrimonio cambió de religion Inglaterra y se hizo de católica protestante; por un matrimonio podia cambiar de religion Alemania y hacerse de protestante católica. Por consiguiente los revolucionarios temian mucho una salida del Landgrave que retardara el triunfo definitivo de la revolucion religiosa en tan supremos instantes. Pero iban derechos á estrellarse en un tremendo escollo. La base fundamental de toda sociedad cristiana es la familia y la base fundamental de toda familia es la union indisoluble de los cónyuges. Autorizar la bigamia equivalia ciertamente á destruir la familia y destruir la familia equivalia ciertamente á destruir la sociedad. El caso resultaba todavia mas grave á la consideracion de que se daba, con darle un salvoconducto al Landgrave para el pecado, privilegios de inmoralidad que seguramente no podian alcanzar los débiles y los pobres. Nunca se justificarán los teólogos luteranos, ante la conciencia y ante la historia, de su increíble debilidad: los escritores protestantes mas exaltados suelen atribuirle en sus apologías de Lutero al decaimiento de la inteligencia y á la debilidad del corazon y á los achaques del cuerpo y á los dolores del alma y al eclipse de la inteligencia de Lutero en



este tristísimo período de su historia. Mas no puede con tales atenuantes justificarse el paso de sancionar un hecho tan grave como la bigamia y un atentado tan terrible á la familia cristiana porque sea un soberano el perpetrador de ese crimen: El secreto de confesion, bajo el cual quieren algunos defenderlo, no puede prevalecer, porque casualmente en aquellos mismos días quedaba de hecho abolido dentro de la Reforma ese sacramento católico. Todo, pues, se conjuraba de consuno para convertir la cuestion del nuevo matrimonio del Landgrave en una de las cuestiones indudablemente mas dañosas que hubieran podido surgir en el seno de la nueva Iglesia.

Habia, sin embargo, en las dotrinas de Lutero cierta incertidumbre sobre este gravísimo punto. Deseoso de volver el Cristianismo á su primitiva pureza, consultaba de continuo los libros bíblicos, y en los libros bíblicos veía la pluralidad de mujeres permitida en los primitivos tiempos judaicos á los patriarcas antiguos. En una carta escrita por 1524 consta tal sentir del audaz reformador. A sus ojos la cuestion del matrimonio mas pertenece al derecho que á la teología. A pesar de esto, en marzo de 1527 escribía las siguientes sensatas palabras: «La poligamia, permitida en otro tiempo á los judíos y á los gentiles, no puede para los cristianos existir sino en el caso de absoluta necesidad, y cuando el marido se ve obligado á separarse de una mujer, por ejemplo, leprosa. Precisa decir á los pecadores carnales que, si quieren ser cristianos, necesitan dominar la carne y no soltarla; si quieren ser gentiles, séanlo en buen hora, mas por su cuenta y riesgo.» Habiendo consultado Lutero al doctor Basilio, si el marido cuya mujer padeciera incurables achaques y estuviese mas muerta que viva, podria tener una concubina, como el doctor le contestase que sí, que dado ese caso deberíase autorizarle á tomarla, contestó: «Cosa dañosísima, en verdad, porque, admitido el caso de enfermedad, podria servir de pretexto para inventar nuevas razones de disolucion de matrimonios.»

Pero al fin complació al príncipe. Las debilidades de este encontraron en la conciencia de Lutero excusas y salvoconductos. Concediósele un doble matrimonio á condicion de que no pudiera presentar en público la segunda mujer. «Vuestra Alteza, decia Lutero al Landgrave, comprende bien la diferencia que existe entre promulgar una ley universal ó usar dispensa en casos particulares

por razones apremiantes. Rogamos, pues, á Vuestra Alteza que considere cuánta responsabilidad contrae un hombre, convicto de haber introducido en Alemania leyes capaces de dividir las familias y empeñarlas en procesos y pleitos eternos. Vuestra Alteza tiene complexion débil y duerme poco: necesita, pues, grandes cuidados. El célebre Escanderberg exhortaba sus soldados á la castidad, diciendo que nada tan dañoso á su profesion como los placeres del amor. Considere Vuestra Alteza el escándalo, las pesadumbres, y las enfermedades que pueden resultarle de este caso. Y de encontrarse resuelto enteramente á tomar una segunda mujer, hágalo Vuestra Alteza secretamente. Dado en Witemberg, despues de la fiesta de San Nicolás de 1539.»

Consumado esto, sintió el reformador toda la gravedad del peso que acababa de echar sobre sus hombros, y todas las consecuencias de la fatal doctrina que acababa de sustentar por necesidad y por fuerza. Los insomnios mas terribles inquietaban sus noches, y las penas mas amargas ulceraban su existencia. En la intensidad de su dolor hubiera querido que el César diese un edicto para suspender tal escándalo, á fin de que no fuese un derecho ni un ejemplo allá en lo porvenir. Desde este instante, las cartas todas del revolucionario rebosan verdadera tristeza. Como un amigo le pidiera su asistencia á cierta boda, le contestó que no podia presentarse en parte alguna sin temor de ofender á todo el mundo. Y como le dijera otro amigo que influyese de alguna suerte en Sajonia á favor suyo, contestóle que habia perdido todo crédito en la corte y fuera de la corte, despues de las terribles pruebas á que le condenara la bigamia del Landgrave y la consulta dada sobre tan grave punto. Toda esta serie de sucesos designa y señala verdaderamente la triste irremediable decadencia de Lutero.

Así envejeció antes de tiempo. A la desgracia del terrible acuerdo sobre la bigamia unióse la desgracia de la muerte de su padre y de su madre, así como la desgracia de la muerte de su tierna hija Magdalena. A tantos dolores morales sumáronse intensos dolores físicos. El mal de piedra le aquejaba de tal suerte que le tuvo postrado en cama largos días, y constreñido á decir cómo deseaba recibir la muerte, aunque fuese de las manos de un turco.

En alma tan abierta de par en par á todas las emociones era la pérdida de las personas amadas como la caída de las hojas de un árbol en los días



primeros del invierno. Así, al saber la muerte de su padre, no obstante haber recibido la noticia con todo género de precauciones tomadas por su mujer, lloró tanto que se le hincharon la cara y los ojos. Mas lo terrible, lo que puso á prueba su valor, fué la muerte de su hija Magdalena, sobrellevada con una grande resignacion al pronto y luego caída sobre su alma como una eterna noche. Así escribió con sencillez su testamento, en el cual solo podia legar su dolor y su pobreza.

En el desarrollo trágico de su tempestuosa vida, lo que mas le apena seguramente es el proceder de sus amigos y discípulos. Durante la mocedad combatió tan solo con los papistas y católicos, cuya enemiga le parecia natural y explicable. Pero, ya en la madurez de su existencia, tuvo que combatir con sus propios amigos, y no comprendia ni explicaba satisfactoriamente este combate. Horribles tempestades morales se levantaban á cada desengaño en su pecho y le herian con heridas incurables. En sus angustias, pedia oraciones que por él intercedieran á todos cuantos encontraba al paso. Lo peor de esta aflictiva situacion moral estaba en las dudas, que le desgarraban el corazon y le taladraban las sienas. A lo mejor parecía que el dogma por excelencia de su doctrina, el dogma de la solidaridad del género humano por la primera falta, caia tan podrido al suelo como la manzana que mordiera tristemente Adán en el paraíso. Despues solia pasar revista en su memoria y en su mente á todos los dogmas católicos y parecía que cada uno de ellos encerraba en sí un error irremediable. Sin embargo, para que se vea cómo queda idéntico siempre á sí mismo el fondo inmutable de su temperamento y de su carácter, no hay sino decir que, en los últimos instantes de su vida, cuando Paulo III pedia y sustentaba una reconciliacion, decíale Lutero estas palabras que copiamos para mostrar cuán vivaz conservó siempre su estilo: «El asno que lleva sus sacos al molino y vive de alfalfa, puede juzgar lo que es Roma, porque el asno se sabe y conoce asno y no vaca; macho y no hembra. Sabe la piedra que es piedra, el agua que es agua, y así cada criatura. Pero estos furibundos Papas-asnos, ignoran que son asnos. En verdad que si yo fuese Emperador, sabria cuánto debiese hacer con ellos. De toda esta canalla de Papas, Cardenales y familia imperial haria un paquete y meteríalo dentro de un saco cuyas junturas todas coseria con cuidado. En Ostia, no

léjos de Roma, á tres millas, corre un arroyuelo llamado Mar Tirreno, que es milagroso para esto de curar llaga, pústula ó cualquier otra enfermedad pontificia, y en aquel arroyo le sumergiria dulcemente. Si tenían horror del agua, porque todos estos energúmenos y locos padecen de hidrofobia, añadiríales un pedrusco, aquel sobre el cual está fundada la Iglesia, y despues las llaves que le sirven á ligar y desligar todo cuanto existe bajo el cielo y sobre la tierra. Suspenderia además á su cuello los decretos, las decretales, las clementinas, las extravagantes, las bulas, las indulgencias, la manteca y el queso; y respondo, que, en media hora, estarian limpios como una patena de todas sus manchas. Gracias á Dios he demostrado que el Papa, envanecido de ser el jefe visible de la Iglesia y el vicario de Cristo, no es mas que el príncipe de una Iglesia maldita, el vicario de Satanás, el enemigo de Dios y de Cristo, un doctor de mentiras, de blasfemias y de idolatría, un archiladron, un regicida, un mantenedor de lupanares, el hombre del pecado, el hijo de la perdicion, el lobo-oso.» Véase cómo este hombre, tan probado por la triste adversidad, al sentirse alguna vez herido, revolvíase contra los que le herian y vomitaba sobre ellos todas sus antiguas palabrotas de jerga insultante y descomedida, en lo cual llevaba á todos sus rivales y á todos sus enemigos indudables ventajas, pues cualquiera diria que en el cuerpo de aquel teólogo se encerraba todo un Aristófanes. ¡Ah! La verdad es que tales relámpagos de su antigua elocuencia eran como los destellos de un astro bien próximo á extinguirse. A cada momento surgian dificultades, las cuales quizás no estaba en su mano superar, y por tanto le empujaban con lentitud, pero con seguridad, á la muerte. Además de los disgustos de familia, le apuraban los disgustos políticos. Los condes del territorio de Mansfeld combatian entre sí por misérrimas querellas de predominio territorial. En un viaje verificado allá por 1545 á Witemberg, Juan Jorge, señor feudal de aquellas tierras, pidióle que interpusiese toda su influencia para reconciliar á los príncipes en guerra. Nada mas triste para la Reforma que esta division de sus mantenedores principales. Precisaba concluirla, si querian formar un cuerpo robusto los recién emancipados. Muchos de ellos rechazaban con grande energía la intervencion del doctor, despues de sus acuerdos y de sus sentencias en el asunto sobre todo de la bigamia del Landgrave. Sin embargo, como